

BERNARDO O'HIGGINS EN MONTALBÁN

*Germán Sepúlveda Durán*⁷⁶

1. La hacienda de Montalbán

El valle de cañete discurre entre desiertos y está regado por el río que lleva su nombre, a unos 150 km al sur de Lima y al lado norte del mencionado río. Entre los valles de la costa, el valle de Cañete es uno de los más fértiles. La hacienda de Montalbán tenía una extensión de 1.127 hectáreas y era la cuarta en importancia por su cultivo de caña de azúcar en la región. Ubicada dicha hacienda entre el mar y el camino real, se aproximaba al puerto de Cerro Azul. Su casa patronal estaba construida sobre un terraplén y un corredor de columnas de madera sobre bases de piedra, regía sus numerosas habitaciones. delante de la casa y separada unos metros, hacia la esquina norte, se alzaba la capilla, con fachada de ladrillo y yeso, paredes de adobes y dos torres de madera y quincha.

Dadas las circunstancias históricas de entonces, el Libertador O'Higgins recibió la propiedad con un galpón de 130 m de largo y 110 m de ancho, cercado por un muro de 5 m de alto, en el cual se albergaban los esclavos. Para los menesteres de aseo, pequeñas acequias de ladrillo servían de letrinas que corrían por el interior y desaguan en una acequia mayor situada en el exterior. En un extremo de los pasillos se encontraba la capilla, donde los esclavos oraban y velaban a sus muertos. No lejos, se ubicaban en el trapiche y dependencias que, partiendo de la molienda de la caña, terminaban el proceso de la elaboración del azúcar. Pero Montalbán no sólo producía esto, al ocurrir el secuestro de la hacienda por el ejército de los "godos", en 1822, el ganado vacuno era de 2.130 cabezas, el mular de 1.250, las yeguas 500 y los caballos 40. Al hacerse cargo de la hacienda, en 1825, Bernardo O'Higgins, ya no existía esa masa ganadera y caballar. Dado el desorden de los tiempos de la guerra de independencia del Perú, *clausurada en 1824 con la batalla de Ayacucho*, centenares de yeguas pastaban en Montalbán, pero sólo veinte de ellas pertenecían a la hacienda. Muchas, siendo esenciales para el transporte de los sacos de azúcar al mercado porteño o limeño, habían sido vendidas por esclavos o propietarios vecinos, quienes les deformaron las marcas.

Pasados los días, *O'Higgins decidió señalar sus animales con las figuras de los hierros que utilizara en San José de las Canteras, en Los Ángeles.*

⁷⁶ Profesor de Castellano por la Universidad de Chile, Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Ex profesor de Literatura Española de la Universidad de Chile y de la Universidad de Santiago; ex Decano de esta última. Ensayista y crítico literario.

Volviendo a la casa patronal, al galpón de los esclavos *seguía la huerta*. Nuestro ilustre compatriota, al morir en 1842, la dejó con una plantación de 30 parras, 47 chirimoyos, 28 higueras, 28 cafetos, además de otra numerosa variedad de árboles y arbustos frutales. No lejos, venían los jirones de los cañaverales para la industria azucarera y los alfalfaes de los potreros para el ganado, junto a cuyas acequias se erguían 1.800 sauces. Por añadidura, a cada uno de tales jirones y potreros se les designaba con un nombre propio. Ejemplo de los primeros: del Pacay, del Olivo, del Sauce, etc., de los segundos: Luis Chala, Mamaché, Malacuca, etc.

Don Bernardo, respecto del grato ambiente natural que lo rodeaba, decía en carta a su primo Tomás O'Higgins, en Chile: "El clima del Perú no sólo me ha hecho bien a mí de una manera sorprendente, sino que también a mi madre y a mi hermana. La temperatura de este valle es muy deliciosa y saludable y puede llamarse con justicia el potrero de los enfermos, de los convalecientes y de los viejos", al tenor de una cita hecha por Orrego Vicuña.

2. El Libertador O'Higgins y los habitantes de Montalbán

Aparte de los animales de carga y de montar con que en escaso número inició O'Higgins la explotación de Montalbán, tuvo a mano los esclavos del régimen económico imperante en tierra peruana, también en escaso número. Pues las levass forzosas, el servicio en el ejército y la incorporación a las bandas de merodeadores, amén del abandono de *tres años que padeció la hacienda por las depredaciones militares*, la mano de obra esclava se redujo a un mínimo insatisfactorio. Si nuestro Padre de la Patria hubo de comprar algunos, como es de presumir, asimismo sus apremios financieros lo indujeron a vender otros. En archivos notariales limeños consta que, entre 1836 y 1839, vendió dos hombres y dos mujeres y a tres de éstas les otorgó *la manumisión de propia voluntad*. A no pocos les facilitaba la compra de su libertad, con una frecuencia y blandura asombrosa para muchos terratenientes. Lo que no es de extrañar en O'Higgins, pues en su calidad de diputado *a nuestro primer Congreso Nacional de 1811, batalló por abolir la esclavitud* en Chile y luego fue campeón del establecimiento de la "*ley de vientres*", anticipo de la que, en 1823, declaró la libertad total de los esclavos en nuestro país.

En Montalbán los trató de manera bondadosa, preocupándose de atenuar los riesgos del trabajo, de vestirlos en forma adecuada y de atenderlos durante sus enfermedades. Respecto de su labor en la limpieza de un canal matriz, escribe a un mayordomo: "Nuestros criados se encuentran demasiado desnudos para defenderse de la intemperie en esos trabajos de humedad y frío". *La hacienda disponía de atención médica permanente*. Dos salas, una para hombres y otra para mujeres, con piso de ladrillo, daban cabida a dieciséis camas dobles o camarotes, cada una con su cortina. El cuarto de baño, de cal y canto, la cocina donde se guisaba para los enfermos y un traspatio para convalecientes, se vinculaban a un par de salas pequeñas donde atendían los médicos. El general chileno se desvivía por el aprovisionamiento de la botica del hospital de sus esclavos. La cortedad de sus ingresos y la

carestía de los remedios, lo indujo a escribir en octubre de 1841: “no habiendo alcanzado el dinero para las medicinas, no pueden ir hasta la siguiente recua”. O sea, hasta que un próximo arreo de mulas se vuelva vacío de su carga de azúcar desde Lima a Moltabán.

Los médicos de ésta residían en Cañete y debían visitar a diario la hacienda, por un honorario mensual de veinticinco a treinta pesos. Hasta junio de 1830 lo hizo el doctor Helmes, a quien reemplazó el doctor José María Pequeño, en 1831, quien se convirtió en amigo íntimo del Libertador O’Higgins, fue su compadre y médico de la familia, hasta cedió su clientela en 1841 al doctor Ricardo Evans, hacía poco llegado a Cañete.

La ley referente a los esclavos autorizaba a apresarlos, meterlos al cepo y azotarlos a voluntad. O’Higgins impuso un régimen disciplinario suave a los suyos. La fuga era un delito más grave, implicaba un castigo policial, amén del que aplicara el amo. Aunque en la hacienda se produjeron varias fugas y recuperó a los fugados, siempre los recibió perdonados de su “cimarra”. El régimen de asistencia médica y de perdones reiterados por el Libertador O’Higgins, se refleja en la perduración, hasta no hace mucho, en los barrios bajos de Cañete, de la costumbre popular de invocar el nombre del prócer chileno, en las “juntas de brujería” al lado de santos cristianos cuyo socorro se invocaba del alto cielo.

“La asistencia espiritual de la población esclava -afirma Valencia Avaria- corría a cargo de fray José María Angulo, de un convento cañetano, que percibía derechos de dos pesos por misa -y oficiaba hasta diez misas por mes- y de cinco pesos cinco reales por su funeral. O’Higgins exigía que los criados se confesaran y comulgaran para Pascua de Resurrección, que celebraba como gran fiesta oficial”.

Hasta el año 1832, el acoso de gastos imprescindibles no siempre le permitía a don Bernardo hacer abonos regulares a un capital ascendente a un total aproximado de treinta y cuatro mil pesos, al interés de tres por ciento, vinculado al convento supreso de San Agustín del Pueblo Viejo de Cañete, al canónigo Bartolomé de Orduña y Dulce, heredero de varias capellanías, y al curato mismo de Cañete. No obstante, los bandazos de las pocas ventas o bajas de precios que lo ponían en aprietos, don Bernardo nunca dejó de pagar con regularidad los ochenta pesos anuales correspondientes a su cura.

La primera estancia de O’Higgins en Montalbán corre de 1825 a 1826, casi por un año. El chileno Antonio Joaquín Ramos, propietario de la floreciente hacienda Hualcará, le enseñó la técnica de la explotación de la caña de azúcar, dirigió sus labores, le proporcionó ayuda y orientó sus esfuerzos. El aprendiz adulto se las ingenió para mejorar el acarreo de caña y “porque había escasez de borricos, tomé el partido de recoger todos los burros del galpón para habilitar recuas”, pagando unos reales a los dueños, que eran sus mismos esclavos. No rehuía siquiera el esfuerzo físico personal. Al ayudar al alzamiento de una pieza resistente, sufrió un golpe que la abrió la cicatriz de la grave herida de Cancha Rayada, con inutilización del brazo por algunos días. En realidad, O’Higgins disponía de pocos recursos para sus operaciones industriales. Para empezar, no percibía su renta militar

de Chile, pues el general Freire lo separó del escalafón superior y despojó de todos sus derechos. En la práctica, la explotación de la hacienda de Montalbán estuvo sometida a continuas zozobras financieras por gastos y créditos a interés, solventados con retrasos y recargos. Pero nunca O'Higgins dejó de pagar sus deudas. Salvo una a favor del ramo fiscal de censos indígenas, porque la dependencia administrativa, enredada en expedientes legales tramitó el expediente por años y únicamente lo resolvió en 1846, año en que doña Rosa O'Higgins redimió la deuda.

3. Los visitantes de Montalbán y O'Higgins

Hacia 1825, llegó a visitarle a Montalbán un señor Cabtree, para tratar de un plan de fomento de pesca de ballenas con asiento en Talcahuano. Pero la inestabilidad política de Chile, no permitía garantías ni apoyos necesarios para su desarrollo. Poco después, *en marzo de 1826, el Libertador O'Higgins dejó instalado como administrador de Moltabán a John Russell* y marchó a Lima para regresar a Cañete en mayo. A juicio de un vecino entendido en tareas campestres, el reciente administrador, por sus diligencias y pericia, anunciaba instalar *de verdad una hacienda*. En septiembre O'Higgins llevó a su familia a Lima y la domicilió en una casa "excelente, mucho mejor que ninguna de las que tuve en Chile", según sus mismas palabras. En noviembre visitó su hacienda para imponerse de los diligentes trabajos de Russell y en el verano de 1827 llevó sus parientes a Chorrillos, balneario muy saludable.

Mientras estuvo en Montalbán, el año 1825, antes de ubicar a su gente en Lima, llegaron desterrados a esta capital sus compatriotas Francisco Fontecilla, Felipe Santiago del Solar, Pedro Aldunate y Vicente Claro. Pronto advinieron Argomedo, Rodríguez Aldea, Zañartu y Zenteno. para no comprometerlo, no marcharon a Montalbán, pero le escribieron cosas incitantes sobre la realidad política de Chile. Fontecilla le decía que allá un partido inmenso tenía puestos los ojos en su regreso. Rodríguez Aldea agregaba que su presencia valía más que un ejército y Zenteno le planteó que la conspiración estaba en marcha, por lo cual su presencia era indispensable para evitar su fracaso.

El viaje de O'Higgins desde su hacienda a Lima en marzo de 1826, fue para entrevistarse con ellos. Sin embargo, no aceptó la idea de retomar el gobierno supremo de su nación, según se desprende de una carta del 6 de mayo, dirigida a él por John Thomas, cuando el ex Director Supremo de Chile ya había retornado a Montalbán.

4. Ampliación empresarial de O'Higgins

En el verano de 1827, el Libertador Bernardo O'Higgins, por las deficiencias de su azúcar de caña, decidió ampliar su actividad empresarial, mediante la fabricación de ron, cuyo mercado en el Callao era más seguro. El comerciante James L. Free le recomendó el técnico y en mayo firmó contrato con Tomás Harrison para montar una destilería. Al mes siguiente, instaló los implementos en Montalbán, a costa de gastos tan elevados que lo obligaron a llevar una vida campesina bastante estrecha. La destilería se empezó a financiar en agosto, gracias a un

préstamo de su amigo Unanue, compañero de colegio en su niñez, y tomó la dirección Harrison por una suma mensual y la propiedad, pasado cuatro meses, de la esclava Dominga.

La calidad del ron fue notable, superando al de Lambayaque, dominante del mercado.

Entre otros, el comerciante en abarrotes José L. Zapata fue uno de sus clientes más asiduos y la casa Macall y Cía., que le recibía el azúcar, le sirvió de banquero para financiamientos menores. La destilería produjo alcoholes de mayor graduación, el que vendía a los boticarios de la capital y del puerto.

El año 1827 reemplazó a Russell por Pedro Aldunate en la administración de su hacienda. José Ignacio Zenteno, que ignoraba el hecho, le escribió desde Lima solicitándole el empleo, sin sueldo y sobre la base de las facilidades que se le dan a los administradores. O'Higgins sólo pudo invitar a su ex ministro, quien a contar de junio permaneció una temporada en Montalbán. Bernardo O'Higgins gozó de un transitorio período de holgura y despidió el año 1827 en su hacienda, a la que había regresado en noviembre. Los años 1828 y 1829 los pasó en ella trabajando con gran ahínco. En febrero del 29 se presentó en Montalbán un sobrino José Borne y Puga, con cartas de su medio hermana Nieves Puga y de su prima Dolores Flores, quienes le formulaban cariñosos recuerdos. O'Higgins aposentó al sobrino como ayudante suyo en sus quehaceres de hacendado.

En enero de 1830, dejó a Aldunate encargado de la mayordomía de Montalbán y se dirigió a Lima con su madre y hermana en una calesa, él viajó a lomos de su caballo "huamanquino", que comprara a un mayordomo de bolívar, hacía años y durante las andanzas bélicas por la sierra peruana. El motivo de su desplazamiento fue el término de sus estudios de su hijo Demetrio, habido en Rosario Puga en sus días de Director Supremo de Chile. Terminados sus estudios de gramática latina y retórica en el colegio del preceptor Antonio Pacheco, *Demetrio fue presentado a exámenes de la Universidad de San Marcos, ante el rector, doctores y personas notables de la capital. En la nómina de veintiún alumnos, dispuestos por orden de méritos, Demetrio ocupaba el cuarto lugar. Lo cual indica que era un estudiante de rendimiento superior.*

Por entonces, el gobierno abrió al cabotaje el puerto de Cerro Azul, cercano a la hacienda de O'Higgins. Lo que le resultó una solución ventajosa, pues el transporte del azúcar por tierra era caro y el producto disminuía en el cruce de los ríos. El chileno Pedro Nolasco Carvallo, uno de los primeros en usar la franquicia naval, le compró mil panes de azúcar a buen precio. Su situación económica tuvo una notable mejoría, pues el ron montalbanés competía de manera ventajosa con uno importado de Inglaterra.

A lo que no era extraño el esfuerzo del Libertador O'Higgins, por introducir adelantos en los procedimientos de trabajo. Al inaugurar el 7 de mayo de 1838 la mecanización del trapiche de mulas, escribe a su hermana: "Apenas puedo expresarte el placer que he sentido, ayer por la mañana, al ver trabajar la maquinaria. Era una vista llena de interés. La marcha majestuosa de la rueda, por su parte, y en los cilindros diez dulces cañas a la vez, causaban la mayor

admiración a los espectadores que habían venido del pueblo y de las otras haciendas del valle”, en fragmento reproducido por Fernández Larraín.

En mayo recibió carta de Zenteno sobre la guerra civil de Chile y su desenlace con el triunfo de Prieto en la batalla de Lircay. Cuando la noticia se conoció en Lima, los amigos concurren a felicitarlo en su hacienda en tal número, que a John Thomas le confidenció: “Estoy tan lleno de visitas, que no tengo tiempo para más”. Envió sus saludos a Prieto y éste le respondió en una carta que lo mismo aludía al recuerdo de sus años de gobierno que a la realidad hogareña de niños de su casa.

Muy reconfortado anímicamente por tales noticias, él y su hermana Rosa retomaron sus quehaceres cotidianos con renovado ardor. La esposa del general Gutiérrez de la Fuente, domiciliado en Cañete, alumbraría un nuevo hijo. Ambos hermanos O’Higgins se aprontaron para ser sus padrinos y Bernardo ofreció a la señora Mercedes Soubirat el ama de leche para la criatura, regalándole la negra Nieves, a la cual concedió la libertad.

A mediados de 1831, el Libertador O’Higgins tuvo nuevos apremios económicos. La molienda del semestre sólo había producido 3.400 panes de azúcar, contra 4.000 de entrega normal. La existencia de ron, superior a 1.000 galones, no podía despacharla al Callao por falta de dinero. Por suerte, la casa Salton le compró el ron y envió una goleta a recogerlo en Cerro Azul. Pero le preocupaba la situación apretada de San Martín en Europa. Obtuvo que se le acordara un anticipo de \$ 2.000 y un sueldo mensual de 1.000. Antes de la tramitación del decreto, O’Higgins giró el anticipo de su peculio a la casa Baring Brothers. Al retrasar la aduana el pago, se halló en situación crítica. Mediante sendas cartas desde Montalbán a un par de ministros limeños, obtuvo la recuperación de su dinero.

Expulsados de Chile ese año de 1831, José Joaquín de Mora, Benjamín Viel y Pedro Chappuis, un francés aventurero, llegaron a la hacienda de O’Higgins y éste les dio hospedaje, mientras ellos lo informaban en detalle de las cosas de Chile. Vicente Claro había obtenido de Gaspar Marín que impulsara en el Congreso una moción para restituirle su grado de Capitán General. Prieto detuvo la tramitación del proyecto y explicó a Marín los inconvenientes de la situación política. Unos días después fue a Montalbán Pedro José Cabezas, enviado especial del Presidente, a entregar una carta explicativa y un pasaporte para regresar a Chile, al ilustre desterrado. Pero lo amarró en Lima doña Ignacia Novoa de Arredondo, que volvía a plantear en el Congreso la devolución de las haciendas de Montalbán y Cuiba. O’Higgins redactó un largo memorial, editado en folleto, donde demostraba que la adjudicación de ambas era legítima y conforme al derecho de gentes. Días más tarde, comunicó a su administrador en Montalbán: “Por fin salí victorioso del pleito con la Novoa. Le gané por 49 votos contra 4 y estos últimos no me fueron tampoco enteramente contrarios, porque nunca opinaron en contra de mi posesión de las haciendas, sino en que se compensase a la señora”.

Asegurada su propiedad por el Congreso, encaró con optimismo el nuevo año de 1833, creyó pronto el pago de sus rentas vencidas en Chile, se propuso ampliar sus plantaciones de caña

y adquirir 15 ó 20 esclavos más, para que “Montalbán” mereciera el nombre de hacienda de primer orden”. Mantenía su intención de ir a Chile, pero no sin antes dejar asegurados a los suyos y pagadas unas deudas de corto plazo, lo que implicaría meses de gestión.

A fines de 1833, el presidente Gamarra fue sustituido por el gran mariscal Luis José de Orbegoso y la situación política de Lima se puso tensa. Andrés de Santa Cruz y la guarnición capitalina se disponían a un pronunciamiento. *La ciudad conoció el saqueo de las turbas enardecidas y el 1 de enero de 1834 Bernardo O’Higgins emprendió el regreso a Montalbán con toda su familia.* Llegó a Lurín al anochecer y vadeó el río en una oscuridad que obligó a encender velas para iluminar el paso. Al cabo de un mes, el ministro de guerra *de Orbegoso le ordenaba presentarse en la Real de San Felipe “por ser US. un general del Perú”.* Contestó *vehementemente que encabezaba la lista de los mariscales por sus servicios al país.* Sin embargo, no recibía pensión ni jamás aceptó sueldo en campaña. Iría a Lima si se lo solicitaba el Presidente en persona, pues nunca había sido un sedicioso perturbador.

Tres meses después supo que Orbegoso pasaría por Cañete en viaje al Cuzco. Le mandó a ofrecer hospedaje en su hacienda, a la que proveyó de media docena de jamones de Chile, media arroba de bacalao, dos quesos mantecosos de la sierra, dos docenas de copas de vino y media docena de vasos de cristal para el agua. Nada probó ni usó el presidente Orbegoso, pues retrasó medio año la visita.

En noviembre de 1834, acompañado de los generales Domingo Nieto y Francisco Valle, más una numerosa comitiva, llegó el presidente Orbegoso al valle de Cañete. Quien le hospedó primero fue el propietario de la hacienda Casa Blanca, don Narciso de la Colina. Ahí llegaron a saludarle don Bernardo y otras personas destacadas, para comer con él y platicar el resto de la tarde. Al cabo de dos días, el presidente pasó a Montalbán, adornada con arcos de laurel y olivo, más el bicolor peruano, unas jovencitas lo recibieron a la entrada con unos canastillos de rosas. A mitad del camino le habían esperado el general O’Higgins, el cura de Cañete y señores de buen ver. *Doña Isabel y doña Rosa le acogieron en las escaleras de la casa y le condujeron a la habitación donde luego se presentó a saludar al señor Orbegoso la municipalidad de Cañete.*

El almuerzo de cuarenta cubiertos dio ocasión a numerosos brindis y arengas. O’Higgins celebró al mandatario sentado a su mesa, con un brindis en que le deseó ser baluarte inexpugnable de los libres contra la violencia y la injusticia, sin olvidar a la patria americana cuyo progreso, a luz de la ilustración, traería la unidad del continente. El día lunes, después de desayunar en la hacienda, don *Luis José de Orbegoso fue al cercano pueblo de Cañete, siempre vitoreado por la muchedumbre.* A las dos de la tarde empezó el banquete de ochenta personas. El Libertador O’Higgins encabezó los brindis, seguido del subprefecto, el cura párroco y don Narciso de la Colina. A las 7 empezó el baile, que S.E. rompió acompañado de la Rosita O’Higgins. A las once de la noche el mandatario estuvo de regreso en Montalbán y a las siete de la mañana siguiente se hallaba en pie para seguir a Lunahuaná. Bernardo O’Higgins y quinientas personas más le acompañaron, pasando otra vez por las calles de

Cañete hasta el llano del Imperial, donde se despidió del general O'Higgins y toda la comitiva.

En febrero de 1837, el general O'Higgins llevó su familia a los baños del Callao, a una casa en la calle del Peligro, perteneciente al capitán del puerto Juan Young, quien el año 1817 participara en el *Águila* en el rescate de los confinados en Juan Fernández. A fines de abril viajó O'Higgins a Montalbán acompañado de un sobrino del general Miller, a pretexto de corregir los daños sufridos por su hacienda en la lucha contra Salaverry, catorce meses antes. La verdad es que lo hacía para eludir mezclarse en compromisos palaciegos que afectaban a las tensas relaciones de Chile con Perú y Bolivia. Sembraba trigo en Cuiba, confiado en un año favorable, pero si la invasión anunciada por Portales se producía, "había que abandonarlo todo y tomar providencias para salvar los ganados al interior... y en cuanto a la corta cosecha de azúcares, buscar recuas que la conduzcan a Lima". Todavía en Montalbán, recibió cartas de Mora y la respuesta de Santa Cruz, rogándole ambos que regresara a la capital. Decidió no contestar hasta un mes después, rogando a Mora que mostrase su carta al Protector, desentendiéndose así de la audaz incitación de recuperar el mando en Chile.

Permaneció en Lima unos días y retornó a Montalbán con su hijo Demetrio, que a los diecinueve años de edad terminaba sus estudios, para adiestrarlo en los trabajos de la hacienda. En Cañete lo sorprendió el zarpe de Blanco Encalada y lamentó el hecho, porque sabía fuerte a Santa Cruz. Pasó a ocuparse únicamente de lo suyo, apresurando el montaje del molino nuevo y de la máquina centrifugadora que filtraría el jarabe de la melaza, reteniendo el azúcar puro. en suma, no se movió de Montalbán hasta mayo de 1838. José María de la Cruz, su ex edecán, pasó diez días en Espaderos recuperándose de una dolencia y escuchó al héroe de Rancagua sus confidencias de ver restituido su grado militar y de volver a Chile. A fines de 1838 su situación económica se hizo estrecha. Hubo de vender treinta bueyes y veintiséis vacas, ofreciendo en venta unos toros. Aunque reservándose los más bravos, para tres o cuatro jornadas taurinas en la plaza limeña de Acho. Su administrador, Pequeño, le avisó que el bagazo y la paja para el horno se habían incendiado, con grave riesgo para el ingenio y el trapiche. O'Higgins se abstuvo de hacer recriminaciones y recomendaciones sobre la falta de vigilancia. Lo cierto es que, si la cosecha de mayo de 1839 en Montalbán, con sus cuatro mil panes no le satisfizo, pudo pagar holgadamente un impuesto extraordinario de quinientas arrobas de azúcar y no padeció estrecheces. En cambio, su salud no iba bien, pero esta es otra historia.